

Estas son las personas que yo no negaré que se mantienen del juego; pero ¡qué pocas son! y si desnudamos el cómo, es menester considerarlas criminales aun á estas pocas, y después de creer de buena fe que juegan con la mayor limpieza. Y si no, pregunto: ¿se debe reputar el juego como ramo de comercio y como arbitrio honesto para subsistir de él? ¿Sí ó no? Si sí, ¿por qué lo prohíben las leyes tan rigurosamente? Y si no, ¿cómo tiene tantos patronos que lo defienden por lícito con todas sus fuerzas? Yo lo diré.

Si los hombres no pervirtieran el orden de las cosas, el juego, lejos de ser prohibido por malo, fuera tan lícito que entrara á la parte de aquella virtud moral que se llama eutrapelia; pero como su codicia traspasa los límites de la diversión, y en estos juegos de que hablamos se arruinan unos á otros sin la más mínima consideración ni fraternidad, ha sido necesario que los gobiernos ilustrados metan la mano, procurando contener este abuso tan pernicioso, bajo las severas penas que tienen prescritas las leyes contra los infractores.

El que tenga patronos que lo defiendan y prosélitos que los sigan no es del caso. Todo vicio los tiene, sin que por eso pueda calificarse de virtud, y tanto menos vigor tienen sus apologías cuanto que no las dicta la razón, sino su sórdido interés y declarado egoísmo.

¿Quiénes son las gentes que apoyan el juego y lo

defienden con tanto ahinco? Examínese, y se verá que son los fulleros, los inútiles y los holgazanes, ora considérense pobres, ora ricos; y de semejante clase de abogados es menester que se tenga por sospechosa la defensa, siquiera porque son las partes interesadas.

Decir que el juego es lícito porque es útil á algunos individuos, es un desatino. Para que una cosa sea lícita no basta que sea útil, es menester que sea honesta y no prohibida. En el caso contrario, podría decirse que eran lícitos el robo, la usura y la prostitución, porque le traen utilidad al ladrón, al usurero y á la ramera. Esto fuera un error; luego defender el juego por lícito con la misma razón es también el mismo error.

Pero sin ahondar mucho se viene á los ojos que esta decantada utilidad que perciben algunos, no equivale á los perjuicios que causa á otros muchos. ¡Qué digo no equivale! Es enormemente perjudicialísima á la sociedad.

Contemos los tunos, fulleros y ladrones que se sostienen del juego; agreguemos á éstos, aquellos que sin ser ladrones hacen caudal del juego; añadamos sus dependientes; numeremos las familias que se socorren con las gratificaciones que les dan por razón de casa; no olvidemos lo que se gasta en criados y *armadores*; <sup>1</sup> advirtamos lo que unos entalegan, lo que otros tiran,

<sup>1</sup> Este nombre damos á aquellos que andan reclutando tahures para los juegos. A éstos también se les paga su diligencia.

lo que éstos comen y lo que gastan todos; sin pasar en blanco el lujo con que gasta, viste, come y pasea cada uno á proporción de sus arbitrios. Después de hecha esta cuenta, calculemos el numerario cotidiano que chuparán estas sanguijuelas del Estado para sostenerse á costa de él, y con la franqueza que se sostienen, y entonces se verá cuántas familias es menester que se arruinen para que se sostengan estos ociosos.

Para conocer esta verdad no es necesario ser matemático; basta irse un día á informar de juego en juego, y se verá que los más que ganan son los monteros.<sup>1</sup> Pregúntese á cada uno de los tahures ó puntos qué tal le fué, y por cuatro ó seis que digan que han ganado, responderán cuarenta que perdieron hasta el último medio que llevaban.

De suerte que esta proposición es evidente: *tantos cuantos se sostienen del juego, son otras tantas esponjas de la población que chupan la sustancia de los pobres.*

Todas estas reflexiones, hijos míos, os deben servir para no enredaros en el laberinto del juego, en el que, una vez metidos, os tendréis que arrepentir quizá toda la vida; porque á carrera larga, rara vez deja de dar tama-

<sup>1</sup> Y los banqueros de los *Imperiales*. Este es otro jueguito peor que el monte, porque incita más la codicia con el exceso del premio que ofrece. He visto á los hombres andar como locos, con el lápiz y el papel haciendo cábulas y cálculos imaginarios. ¡Caramba en el juego que después de dejar á uno sin blanca, puede despacharlo imperialmente á buscar un número á San Hipólito!

ñas pesadumbres; y aun los gustos que da se pagan con un crecido rédito de sinsabores y disgustos, como son las desveladas, las estragadas del estómago, los pleitos, las enemistades, los compromisos, los temores de la justicia, las multas, las cárceles, las vergüenzas y otros á este modo.

De todas estas cosas supe yo en compañía de Januario y de algo más; porque por fin se nos arrancó. Comenzamos á vender la ropita y todo cuanto teníamos; á *estar de malas*, como dicen los hijos de Briján; á mal comer, á desvelarnos sin fruto, á pagar multas, etc., hasta que nos quedamos como antes, y peores, porque ya nos conocían por fulleros, y nos miraban á las manos con más atención que á la cara.

En medio de esta triste situación y para coronar la obra, el pícaro Januario enredó á un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenía un amigo muy hábil hombre de bien para que le tallara su dinero. El pobre payo entró por el aro y quedó en ponerlo al día siguiente. Januario me avisó lo que había pasado, diciéndome que yo había de ser el tallador.

Convenimos en que había de amarrar los albures de afuera para que él alzara; y otro amigo suyo, que había vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara, y que concluída la diligencia nos partiríamos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladrón como él.

Llegó el día siguiente; fué Juan Largo por el payo, me dió éste cien pesos y me dijo:—Amito, cúdelos, que yo le daré una buena gala si ganamos.—Quedamos en eso, le respondí, y me puse á tallar á mi modo y según y como los consejos de mi endemoniadísimo maestro.

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albu-res que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Éste se salió primero para disimular, y á poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo, considerando que ni visto ni oído fué su dinero; sólo decía de cuando en cuando:—¡Mire, señor, qué desgracia! ni me divertí.—Pero no faltó un mirón que nos conocía bien á mí y á Januario; advirtió los zapotes que yo había hecho, y le dijo al payo con disimulo, y á mis excusas, que yo había entregado su dinero.

Entonces el barbaján, con más viveza para vengarse que para jugar, me llevó á su mesón con pretexto de darme de comer. Yo me resistía no temiendo lo que me iba á suceder, sino deseando ir á cobrar el premio de mis gracias; pero no pude escaparme; me llevó el payo al mesón, se encerró conmigo en el cuarto y me

dió tan soberbia tarea de trancazos que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costillas, y á no ser porque al ruido forzaron los demás huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida; porque allí llega su último fin. Ello es que quedé á sus pies privado de sentido, y fuí á despertar en donde veréis en el capítulo que sigue.

